

EL DESTINO DE UNOS NIÑOS

José Manuel Susperregui Olano

Pudo ser un día cualquiera, en aquellos difíciles tiempos de la posguerra. Amaneció con lluvia, una lluvia que al cesar no pudo llevarse consigo la tristeza del cielo. En aquella ocasión desayuné junto con mis hermanas Maite y Merche. Ellas me observaban constantemente, temiendo tal vez que tramase alguna de las mías. Todo porque aquel día no teníamos que acudir a la Escuela Ayerbe, así que no tenía necesidad de llenar de papeles la cartera nueva para aparentar llevarla repleta de libros. Aunque tal vez lo que hacían no era otra cosa que esperar que me levantase y echase a andar, lo que no quería hacer hasta que se marchasen; para que no descubriesen el secreto que quería guardar bajo la mesa de la cocina. Aquellas alpargatas que había estrenado el día anterior, a las que sorprendentemente les había crecido un agujero. Finalmente salieron riendo y mirando de reojo para abajo, hacia donde estaban mis pies. Pronto recibiría una buena reprimenda, aunque hasta entonces podrían ocurrir muchas cosas.

Eran tiempos en que los niños ocupábamos nuestro precioso tiempo cerca de las vías del tren, en el lugar donde se encontraba la fábrica de rosarios. Muchas eran las veces que hacíamos guerras de bandas, los de Martín Etxeberria frente a Castaño, Calle Magdalena, Gabierrota... a lo peor, te abrían una ceja de una pedrada certera. A veces merodeábamos por los gallineros del barrio, siempre junto a nuestro perro, al que por su pelo rojizo le llamábamos "Requeté". Tenía una virtud muy especial; nos traía huevos enteros entre sus dientes.

Aquel día mis amigos Rufino Mur y Félix vinieron a mi casa, Chamberí, a buscarme. Habían encontrado un artilugio metálico; un magnífico tesoro que podríamos cambiar por dinero en la chatarrería Vázquez. A buen seguro tendríamos lo suficiente como para poder fabricarnos algún tiragomas. O bien podríamos comprar algo para matar el hambre y por una vez llevar a nuestra chabola otra cosa diferente que no fuesen manzanas o panochas robadas.

De haber estado en la escuela, seguramente no habría tardado demasiado en escaparme saltando desde el mirador; sin embargo para salir debía esperar a que mi madre y mi tía Martina marchasen a San Sebastián. Quedamos en que no hicieran nada hasta que yo me reuniera con ellos. A cambio, prometí que llevaría la pelota de mano, aquella que días atrás habíamos fabricado nosotros mismos con lana, corcho y esparadrapo.

No pasó apenas tiempo, cuando pudimos escuchar una fuerte explosión. Una sensación muy extraña recorrió mi interior; como por instinto eché a correr cuesta abajo por Martín Etxeberria. Aquellos instantes que duraron tanto y allí, junto a la casa Telleri Muelle, allí estaban Rufino y Félix, éste gravemente herido. Nuestro tesoro había resultado ser una bomba piña; olvidada de una guerra demasiado reciente.

Pocos días más tarde, en el cine Reina proyectaban la película: "El Capitán Blood". Hacía tiempo que lo esperábamos. ¡Quién me hubiese dicho que finalmente no iríamos! Los padres de Félix me avisaron, pues él deseaba verme. ¡Cómo llegar a comprender que aquel iba a ser su último deseo cumplido, pues allí, delante de mí murió mi amigo! Aquel día le robaron su destino y a nosotros qué decirnos, que nos lo marcaron para siempre. Pudo ser un día cualquiera, pero no lo fue.

